

Y seguimos en el FAS con las sesiones dobles, y con los estrenos, para no perder las buenas costumbres. El último martes tuvimos primero un corto, “El beso”, que vimos en compañía de su directora, Eva Salmerón y de uno de los actores protagonistas, Aitor de Kintana. Nos contaba ella como la idea de realizarlo, más que planeada, había surgido durante la realización de una performance, que es el campo el que lleva trabajando muchos años, con el grupo “mmmm...”.

Consistía en cortar una calle mediante un plástico de los que se usan en los invernaderos, convenientemente tensado, y observar las reacciones de la gente que veía impedido el paso. Y, aunque se rodaron muchas de esas situaciones, al final en montaje la obra se quedó en la historia de pareja que vemos, con esas imágenes a modo de espejo tan hermosas, que nos confesaban tampoco habían sido planeadas, sino que se las habían encontrado y decidido explotar. También comentaron el trabajo de los actores, pareja en la vida real que luego habían roto su relación (sin que tuviera nada que ver con la filmación, añadía él con humor), y que se basaba en la improvisación.

El corto fue bien valorado, aunque algún asistente le reprochaba que la letra de la canción de Bambino que lo cerraba le parecía que transmitía un mensaje contradictorio. En cuanto al largo, “Columbus”, lo presentó un viejo amigo del cineclub, Toni Garzón Abad, escritor y cineasta, que ponía de manifiesto las influencias que detectaba en su realizador, Kogonada, que firma aquí su primer largo después de realizar una suerte de breves reinterpretaciones de obras de algunos grandes del cine, como Bresson o Bergman. Estuvimos todos de acuerdo en la belleza formal de la cinta, la exquisita planificación, al milímetro, de sus planos, que de algún modo repiten el tema de la arquitectura del que la película habla, en mayor o menor medida, al situarse en una ciudad estadounidense famosa por la abundancia de edificios notables. Tanto Toni como algún socio que le dio la réplica detectaban los ecos de grandes directores como Ozu (por ejemplo, en la difícil colocación de la cámara al modo del japonés, del que Kogonada sale aquí airoso) o Jarmusch, pero aun concediéndole un alto nivel, echaban de menos la trascendencia o el “alma”, por usar un término que se menciona en la propia cinta, de un Dreyer, por ejemplo; si bien lo justificaban por encontrarnos ante una ópera prima, y que la situemos al nivel de comparación con esos primeros espadas ya es mucho. Sin olvidar que la película al fin y al cabo es norteamericana, y comparte algunos de los rasgos estilísticos “Indies”.

No hay duda de que habrá que seguir con atención a este estadounidense de origen surcoreano, Kogonada, que ya con su pseudónimo homenajea a uno de los colaboradores habituales de Ozu.

La semana que viene, en homenaje a Aitzol Aramaio, veremos nuevamente un corto y un largo, “Argi”, en compañía de su directora, Iratxe Mediavilla. Hasta entonces.

Ana Gortazar